

Y así para decir quien permanece  
En las conquistas deste barbarismo,  
Habré de convertir mi flaca pluma  
A la ciudad ó villa de Antioquia,  
Tomando de muy lejos la carrera  
Para que sea mas inteligible  
Esto que de presente pretendemos  
Poner en escritura verdadera;  
Cuyos sucesos varios remitimos  
A los versos del canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo después fué mudada de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia.

En el proceso largo desta historia,  
Algunas veces hemos referido  
Cómo George Robledo fué el primero  
Cimentador del pueblo de Antioquia,  
Y su primera fundacion adonde  
Fué don Pedro de Heredia descompuesto  
Por Juan Cabrera y otros capitanes  
Del buen don Sebastian de Benalcázar:  
La cual participaba de las tierras  
Que tienen entre si las ricas aguas  
Del rio Darien y rio Cauca.  
Pero después de aquellas competencias,  
Por no ser sitio bien acomodado,  
Así para salud como defensa  
Del nuevo morador, por la braveza  
Del natural vecino repugnante,  
Por orden del ilustre Benalcázar  
Aquesta poblacion fué trasladada  
Acia Buitica, do mas propicio  
Y mas alegre cielo se mostraba,  
Terreno sano, nobles influencias,  
Aires de salutifera templanza,  
Campos mas espaciosos y estendidos.  
Do pueden en beligeros rebatos  
Mandarse los caballos á contento,  
Y hacer mas estrago con la lanza  
En los que contrastaban sus diseños  
Y donde los auríferos veneros  
Esceden á los ricos celtiberios  
Y sobrepujan á los de Dalmacia,  
Con que los moradores enriquecen  
Y mucho mas jueces, comisarios  
Frecuentes, por livianas ocasiones  
(Absortos en aquesta golosina)  
A ser universales herederos  
De lo que valerosos han ganado  
A costa de la sangre de sus venas.  
Para trasladar pues a queste pueblo  
Al asiento que queda declarado,  
El Benalcázar hizo confianza  
Del diestro capitan Gaspar de Rodas,  
De quien hice memoria muchas veces  
En los lugares donde convenia  
De sus trabajos varios dar noticia.  
Es pues aqueste noble caballero  
Del pueblo belicoso de Trujillo,  
Morada principal de Estremadura,  
De bien nacidos padres heredero;  
Pues fué su padre Florencio de Rodas,  
Alcaide de la fuerza dicha Lole,  
En la provincia fértil del Algarve;  
Su madre doña Guiomar Coello,  
Que en Lusitania, donde fué nacida,  
La ciudad de Lamego fué su cuna.  
A las Indias pasó joven florido,  
Y en duros ejercicios de la guerra  
Desde su juventud se dió tal maña,  
Que todos igualaban su prudencia  
A su bien aprobada valentia.  
Entró primero con alguna gente,  
A sus espensas propias granjeada,  
Al socorro de don Juan de Andagoya,  
Hijo de don Pascual, de quien mi pluma  
En lo de Popayán hizo memoria;

El cual entonces iba descubriendo  
Tierras que con el mar del Sur confinan,  
Pero salióse Rodas con su gente,  
Vista la perdicion desta jornada,  
El año de cuarenta y uno, cuando  
Vino Vaca de Castro con poderes  
Del gran monarca contra los rebeldes  
En reinos de Pirú sin obediencia.  
Con él se vino Rodas hasta Cali,  
Adonde Benalcázar gobernaba,  
Con quien Vaca de Castro tractó cosas  
Tocantes al viaje que hacia.  
Quedó Rodas debajo del gobierno  
Del dicho Benalcázar, donde siempre  
En cargos honorosos le dió mano;  
Y por el crédito que del tenia,  
Para mudar el pueblo de Antioquia  
Le dió poder é hizo su teniente  
Al principio del año de cincuenta,  
Que vino por juez de residencia  
El licenciado Francisco Briceño,  
A quien la dió también Gaspar de Rodas  
Como teniente del adelantado.  
Dió sus descargos, y esperó sentencia,  
En que se pronunció que merecia  
Cargos de muy mayores eminencias;  
Mas aquel pueblo nuevo que tenia  
Ciudad de Santa Cruz por apellido,  
Mandó que fuese villa, y adelante  
Santafé de Antioquia se llamase:  
La cual con este nombre permanece,  
Y en ella desde el tiempo que decimos  
Gaspar de Rodas hizo su vivienda;  
No sin deseo de fundar mas pueblos  
En las provincias dentre los dos rios,  
A lo cual aspiraban otros muchos  
Varones de caudal y principales,  
Que de la gran riqueza de aquel suelo  
Tenian ya noticia y esperiencia.  
Destos fué Lucas de Avila, vecino  
De Encerma, que tenia gran posible,  
Y pretendió pedir aquellas tierras  
Por gobierno de Popayán distinto;  
El cual conmió sus intenciones  
Con Andrés de Valdivia, su carillo,  
Sagaz, astuto y hombre diligente  
Para negociaciones semejantes,  
El cual facilitó sus pretensiones  
Y prometió traelle los despachos  
Dentro de breve tiempo de Castilla.  
Acudió Lucas de Avila con oro  
Con larga mano para su viaje;  
Pero después en el real consejo  
Negoció para sí, que no debiera  
El gobierno-quel otro pretendia,  
A costa del que hizo confianza  
De sus palabras y amistad antigua.  
En este tiempo barbaros vecinos  
A los subyectos indios de Antioquia  
Persuadian infinitas veces  
Negasen á los nuestros obediencia  
Y de su libertad fuesen señores,  
Pues nunca fueron sus antepasados  
Subyectos á serviles condiciones,  
Porque para quedar libres y exentos  
Ellos tenian ya las armas prestas,  
Y no les faltarian sus favores  
Hasta desarraigar cristiana planta,  
De quien se recelaban también ellos  
Por vellos tan pegados y propincuos.  
Los indios de Antioquia bien quisieran  
Quitar de sobre sí tan duro yugo;  
Pero los moradores de la villa  
Tenian el aviso necesario  
Y el asiento del pueblo tan á gusto,  
Que los subyectos fueran poca parte  
Para los lastimar sin daño suyo;  
Y así, no respondieron con efecto  
A las persuasiones que decimos,  
Los pechos inquietos, mas las manos  
Quietas con temores del castigo.  
Y así Toné, cacique comarcano.

Bravo de condicion y sedicioso,  
Por la seguridad de su partido,  
De los pacíficos mas principales  
Hizo congregacion en las montañas,  
Y en banquete costoso que les hizo,  
Después de satisfechos y contentos  
Y en furia levantados con el vino,  
Pídióles atencion, las manos altas;  
Y estando reportados y quietos,  
Les dijo las labras que se siguen:  
«Oid con atencion, fuertes varones,  
Deciros he razones que os espanten  
Y el ánimo levanten mas caido,  
Pues quiero, no movido por anteojos,  
Poner ante los ojos desventura  
Que pide ser la cura sin tardanza,  
Antes que mas pujanza destas gentes  
Atraiga vuestras frentes á su yugo.  
Durísimo verdugo, va sin freno  
Usurpando el ajeno territorio,  
Y segun es notorio los haberes,  
Los hijos y mujeres y haciendas.  
Para tomar enmiendas falta brio;  
Cada cual esta frio conociendo  
Que nos van consumiendo poco á poco:  
Páreceme ser loco sufrimiento  
Dejar su desatiento sin castigo.  
Por vosotros lo digo, gente fiera,  
Que ya puede cualquiera subyectaros,  
Moveros y mandaros como á brutos,  
Pagándoles tributos y á porfia  
Cumpliendo noche y dia voluntades  
Ajenas de verdades y modestias:  
Llévanos como bestias donde quieren;  
Vuestros hijuelos mueren sin venganzas;  
En minas y labranzas que les labran  
Azotan, descalabran á los flojos;  
Vosotros como cojos y sin manos  
Sufris estos cristianos. ¡Ay, catios!  
¿Qué son de vuestros brios y braveza?  
¿Qué es de la fortaleza que solia  
Domar la serrania peleando?  
¿Quién ha tornado blando vuestro pecho?  
¿Quién turba y ha deshecho los alardes?  
Bajos, viles, cobardes corazones,  
Pues tantas sinrazones como estas  
Llevais á vuestras cuevas con paciencia.  
Mirad la diferencia de las mias,  
Pues que Pedro de Frias sabeis cierto  
Ser por mis manos muerto y otros siete  
Y el lengua y alcahuete Juan Gonzalez,  
Mestizo, que si tales todos fueran,  
Sus vidas nos vendieran á mas precio;  
Mas este como necio confiado,  
Habiéndose librado del rebato,  
Dijo desde á buen rato con voz alta:  
— ¡Ah! perros, el que falta viene á veros,  
Que sin sus compañeros Dios no quiera  
Que huya, y aunque muera, como muero,  
He de vengar primero su mal hado.—  
Y así desesperado se abalanza,  
Que ni bastaba lanza ni macana  
A resistir su vana lozania:  
Gran estrago hacia con la espada  
En la gente granada, de tal suerte,  
Que vieron de la muerte los espantos  
En un momento tantos cuantos fueron  
Aquellos que murieron de su parte,  
Mas el contrario marté, que no cesa,  
Le dió tan grande priesa por los lados,  
Que fueron traspassados brevemente;  
Y aquel mozo valiente que pudiera  
Irse donde quisiera sin herida,  
Allí perdió la vida por sus muertos,  
Amigos mal espertos. Ved qué ejemplo  
Es este que contemplo con aviso,  
Pues este morir quiso por su villa  
Y vengar la cuadrilla que era poca.  
Aquel á quien le toca mayor daño  
No cumple ser extraño de venganza:  
La vil desconfianza se deseché;  
El tiempo se aproveche, no se pierda;

El arco tenga cuerda mas estrecha;  
La voladora flecha nunca pare;  
La macana declare su justicia;  
Salgan á la milicia desde luego  
Bien tostados al fuego los astiles;  
Huyan temores viles de los senos,  
Pues veis que no va menos en la obra  
Que gozar sin zozobra de las prendas  
De hijos y haciendas y mujeres.  
Aquestos pareceres no son vanos:  
Por tanto nuestras manos y nobleza  
Muestren su fortaleza y estén prestas  
A redimir molestas vejaciones.»  
Esto dijo Toné, porque desea  
Ver ya toda la tierra levantada  
Y á nuestros españoles ocupados  
En guerras mas cercanas á su pueblo,  
Reconociendo ser impedimento  
Para se quedar el sin el castigo  
Que por aquellas muertes merecia;  
Lo cual aconteció, segun él dijo,  
Entrando sobre paz Pedro de Frias  
A pedir el tributo que debía,  
Por ser indios en él encomendados.  
Mas él y los demás, sobre seguro,  
Por mano del Toné pagaron antes  
Aquel que ley precisa les impuso,  
Y el caso sucedió desta manera:  
Estando juntos estos españoles  
Para comer sentados á la mesa,  
Cayeron de lo alto del buhio,  
Sin parecer de dónde procedian,  
Cinco gotas de sangre, no dudosas,  
Que mancharon los candidos manteles;  
De que quedaron mustios y turbados  
Y con sudores frios, como cuando  
Quedan aquellos quel color mudado,  
Enhiestos y erizados los cabellos,  
En noche tenebrosa caminando,  
Fantasma se les puso de delante:  
Lo cual por mal pronóstico se tuvo.  
Y así Pedro de Frias al caballo  
Ocurre para se poner encima,  
Los otros á las armas que tenian:  
Mas no fué tan veloz su pensamiento  
Cuanta fué la presteza con que llegan  
Gran multitud de barbaros armados,  
Y el impetu furioso de manera,  
Que puesto que con daño de los indios  
Todos los españoles fueron muertos,  
Escepto Juan Gonzalez, un mestizo,  
Que se les escapó dentre las manos,  
Y con aliento de veloce ciervo  
Llegó donde pudiera salir salvo;  
Pero teniendo por afrenta grave  
Huir el solo del combate duro  
En que dejaba los de su compañía,  
Volvió como leon encarnizado,  
Y hizo lo quel indio representa  
En el razonamiento referido,  
Donde con sus razones persuade  
A rebelarse contra los cristianos.  
Y así por sus industrias y consejo  
Negaron subyeccion á quien la daban,  
Dando principios á sangrienta guerra;  
Y porque con la villa no podian  
Dieron en las cuadrillas de las minas,  
En hatos y en estancias de sus amos,  
Matando negros, indios y españoles  
Con tal obstinacion, que desde el año  
De quince cientos y sesenta y cinco  
Llegó la duracion al de setenta,  
En cuyos intermedios padecieron  
Grandes trabajos y desasosigos,  
Que si quiero particularizarlos  
Seria proceder en infinito.  
Pero sabido por quien gobernaba  
A Popayán en esta coyuntura,  
Que don Alvaro de Mendoza era  
Dentro de cuyos terminos caia  
Entonces esta villa que decimos,  
Puso los ojos para dar remedio

En la destreza de Gaspar de Rodas,  
A quien se dieron largas comisiones,  
Así para castigo de culpados  
Como para fundar mas poblaciones  
En las provincias dentre los dos rios;  
El cual luego tomó sobre sus hombros  
Este ponderosísimo cuidado,  
Y convocó de partes diferentes  
Soldados de discurso y experiencia  
Y en valor y caudal acreditados,  
De los cuales algunos nombraremos  
Cuando disposición abriere puerta.  
Mas antes que pasemos adelante,  
En esta me conviene dar noticia  
Cómo primero que Gaspar de Rodas  
Tentase de hacer esta jornada,  
Anduvo por allí Gomez Fernandez,  
Antiguo capitán y celebrado,  
Conquistando los bárbaros inmitos  
Fortalecidos en las barbacoas;  
Del cual, cuando tractare de choceos,  
Gobierno ya distinto del que tracto,  
Contaremos particularidades  
Indignas de quedarse rezagadas,  
Pues por no confundir á los lectores,  
De cada cual gobernacion diremos  
Aquello que le fuere concerniente,  
Señalando los tiempos, aunque vayan  
En el lugar primero los postreros;  
Pues cada cual gobierno de los dichos  
Ha de llevar particular historia.  
Y agora solamente de negocios  
Que son tocantes á Gaspar de Rodas  
Quiero tractar; y para mayor lumbre  
Será con canto nuevo su principio.

## CANTO TERCERO.

Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas,  
la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra.

Uno faltaba ya para setenta  
Años del parto de la Virgen pura  
Con el millar y medio desta cuenta,  
E ya febeo carro se llegaba  
A la quinta señal del zodiaco,  
Cuando Gaspar de Rodas se dispuso  
A dar á su promesa cumplimiento,  
Habiendo convocado sus amigos,  
Así del nuevo reino de Granada  
Como de Popayán y otros lugares,  
Que por el crédito que dél tenían  
Y fama del tesoro de la tierra,  
Pusieron en olvido sus reposos,  
Do tenían honrosa pasadía,  
Indios encomendados y haciendas  
Con vencedoras armas adquiridos,  
A costa de las cuales se pertrechan  
De varios instrumentos y ministros  
Etiopes, caballos y las cosas  
Al uso de la guerra necesarias.  
Uno fué destes Francisco de Ospina,  
Célebre capitán de los Remedios,  
Ciudad en este reino cimentada  
Por él, que fué su fundador primero;  
A quien siguieron hombres de substancia,  
Y á su contemplacion por consiguiente  
Otros muchos vecinos de Victoria,  
Como Bartolomeo de Pineda,  
Anton Lobo de Sande, Juan Velasco,  
Gonzalo Verde y Antonio Machado,  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Y Diego de Guzmán y Juan de Aldana,  
Que todos llegarían á sesenta  
Varones, á quien hechos memorables  
Dieron nombre digno de valientes.  
De Popayán también salieron treinta,  
En fama señalados y en posible,  
Cursados en beligeros encuentros,  
Como Francisco Lopez de la Rúa,  
Joan Arias Ruvian, Gaspar Delgado,

Y un Alonso Serrano, de Florencio  
Serrano hijo, bárbara su madre,  
Pero de noble genealogía,  
Mancebo suelto, diestro y esforzado.  
Estos y aquellos bien aderezados  
De todos los pertrechos convenientes  
A las ejecuciones del intento,  
Con estendida copia de ministros,  
Caballos y abundancia de ganados,  
Llegaron á la villa de Antioquia,  
Donde su general los esperaba;  
Del cual y los demás allí vecinos  
Fueron con gran aplauso recibidos  
Y en amigables ranchos regalados,  
Pero con mas espacio que quisieran  
Aquellos que venían ya dispuestos  
A las beligeras ejecuciones;  
Porque Gaspar de Rodas suspendía  
Con algunas excusas la partida,  
Por algunos respetos necesarios  
A la seguridad de su persona,  
A causa de las chismes y novelas  
Sembradas por algunos susurrones,  
Que sin haber olor adivinaban,  
Sobre mandar, algunos movimientos.  
Vista por los del reino la tibieza  
Y ser demasiada la tardanza,  
El capitán Ospina se dispuso  
A preguntar al Rodas por qué causa  
Se dilataba tanto su viaje,  
Diciéndole: «Señor, yo soy venido  
En compañía destes caballeros  
Que por respeto mio se han movido.  
»Consumieron gran copia de dineros  
En rehacerse de guerreras prendas  
Para poder mejor obedeceros.  
»Han dejado sus casas y haciendas,  
Donde todos vivían con sosiego  
En sus repartimientos y encomiendas.  
»Mediante vuestras cartas y mi ruego  
Acudieron á tiempo conveniente  
Y acomodado para partir luego.  
»La tardanza que vemos de presente  
Y remision parece que nos muestra  
Que ya tenéis intento diferente.  
»De ajena voluntad pende la nuestra,  
Y para prosequilla, con respeto  
Suplícicos me digais cuál es la vuestra.  
»Pues si acaso tenéis otro concepto,  
Por ocasion que con razon se mida,  
Volvernómos heimos sin hacer efeto.  
»Pero si no se halla quien impida  
La via que tenemos tan á mano,  
Bien es acelerar esta partida.  
»El tiempo nos convida del verano,  
Cuando tienen culturas y florestas  
Abundancia de frutos y de grano.  
»Las corrientes serán menos molestas  
De los rápidos rios y quebradas  
Grandes y á cada paso contrapuestas.  
»No serán parte gentes alteradas  
Para nos defender trémulas puentes  
Con fragiles bejuco enlazadas.  
»Cria la dilacion inconvenientes,  
Y dellas por perderse coyuntura  
Andan malos sucesos dependientes.  
»Si razon adaptada se procura  
Para poder domar bárbara frente,  
En las manos está la mas segura.  
»Y si dejais la que tenéis presente,  
No se podrá sin mil dificultades  
Juntar después tan escogida gente.  
»A nuestras dudas y perplejidades  
Dará resolucion vuestra prudencia,  
Porque con ella nuestras voluntades  
Hagan sin disonancia respondencia.  
Dijo, y el capitán Gaspar de Rodas  
Oyó con atencion esta demanda;  
Y con aquel reporte quel prudente  
Suele tener en casos semejantes  
Para templar los pechos alterados,  
Usando de cortés comedimiento

A los del reino dijo lo siguiente:  
«Amigos y señores, conocida  
Tengo la gran merced que se me hace  
Dispuesta para ser agradecida.  
»La partida pedis, y á mi me place,  
Supuesto no tener inconveniente  
Que desta voluntad me desenlace.  
»El gasto que hecistes es patente  
En cosas de que todos salis llenos  
Al encuentro de guerra tan urgente.  
»E yo no convocara tantos buenos  
Asegurados de mi confianza,  
Si vinieran á poco mas ó menos.  
»Negocio es que no sufre mudanza  
Este que tan de veras yo prevengo;  
Y el preparallo bien no fué tardanza.  
»Pues por razon de ser discurso luengo  
Me faltaban algunas municiones,  
Y las que deseaba ya las tengo.  
»Manifestastes vuestras intenciones  
A tiempo y á sazón que me movia  
A publicar mis determinaciones.  
»Salis á ellas como yo queria.  
Aderezarnos solamente resta  
Para salir de hoy en tercer dia  
Que se celebra señalada fiesta.  
Después que satisfizo brevemente  
El general á sus comilitones  
Por términos urbanos y sucintos,  
Y ellos á su decir correspondieron  
Con largo cumplimiento de razones  
Usadas entre gente comedida,  
Alegres, satisfechos y contentos.  
Todos á sus hospicios se volvieron,  
Donde con fervorosa diligencia  
Alistan los pertrechos necesarios  
A las usadas peregrinaciones  
Y á las seguridades de sus vidas:  
Este refina saltroso polvo,  
Aquel derrite plomo para balas;  
Otros con rascadores mundifican  
Cañones de fumosos arcabuces;  
Otros alian hierros de las lanzas;  
Otros requieren las jinetas sillas,  
Con las demás guerreras prevenciones  
Que piden ejercicios militares  
Y la necesidad les aconseja,  
Segun los de mecánicos oficios  
Cuando labran diversos materiales  
A un tan solo fin encaminados  
Para la perfeccion del edificio  
Cuya hechura toman entre manos.  
Desta manera todos ocupados  
En cosas al viaje convenientes,  
Llegaron á ponellas en el punto  
Que los efectos dellas demandaban.  
Para los cuales el Gaspar de Rodas  
Hizo de capitanes nombramiento,  
Con otros necesarios oficiales:  
Al Ospina nombró por su colega  
Teniente general del campo todo;  
Velasco, capitán de infanteria;  
Pineda de la gente de caballo;  
El general alférez fué Molano;  
Juan Arias Ruvian su consejero,  
Hombre de gran discurso y experiencia;  
Y á los que con oficios no podía,  
Con preciadas preseas tornó gratos,  
En tal manera que cualquiera dellos  
A su moderacion quedó rendido.  
Llegado pues el año de setenta,  
A los seis dias del bifronte Jano,  
Cuando la santa Madre celebraba  
La solemne venida de los reyes,  
Al soberano Rey con oblaçiones,  
En aquellas regiones tiempo seco  
Y para caminar acomodado,  
Habiendo celebrado los oficios  
Fray Pedro de Guzmán, dominicano,  
Andaluz caballero, que con ellos  
También iba con otros religiosos,  
Salieron con ardor á la demanda,

Prontos y atentos y las armas prestas,  
Segun militar uso repartidos  
Por obviar á los inconvenientes  
Que podría parir algun descuido;  
Porque los bárbaros no pierden punto  
En aceptar dispuestas ocasiones  
Cuando se las ofrece la ventura.  
Desta manera fueron caminando  
Por alturas que son inevitables,  
Asperas y fragosas serranias;  
Y diez y siete dias consumidos  
En aquellos caminos salebrosos,  
Entraron sin hallar opuestas armas  
En Tociná, provincia de Ibijico,  
Indios cuyas astucias y cautelas  
Vencen á las de Ulises y Sisifo,  
Encomendados en un Juan Taborda,  
Vecino de la referida villa:  
Los cuales acudieron dando muestras  
De paz, á la cual fueron admitidos,  
Por ser las principales intenciones  
De reducirlos al real servicio  
Sin efusion de sangre ni venganza  
De muertes ni de daños recibidos.  
Allí se detuvieron en el campo  
Algunos dias, y hicieron lista  
Del número de gente que venia:  
Hallaron ser los españoles ciento,  
Hasta seis menos, pero todos ellos  
De todas buenas armas pertrechados;  
Los caballos pasaban de trescientos;  
Setecientos los indios de servicio,  
Y algunos etiopes, aunque pocos,  
Pero para cualquier trance dudoso  
Arrojados y determinados;  
De vacas se llevaban cuatrocientas,  
Quinientos puerco, antes mas que menos,  
Y otros rebaños de menor ganado  
Para sustento del cristiano campo;  
Y con propósitos determinados  
De no volver atrás sus estandartes  
Hasta poner cristianos fundamentos  
En medio deste rudo barbarismo,  
Y subyectar durisimas cervices  
Al prepotente rey de las Españas.  
Allí pues estuvieron descansando  
Del sudor y trabajo padecido;  
Y entre tanto salia gente suelta  
Por unas y otras partes descubriendo  
Algunas poblaciones comarcanas,  
Por ver la voluntad de los vecinos  
Que para santa paz eran llamados,  
Importunándoles con gran instancia  
Evitasen los daños venideros  
Y los dudosos fines de las guerras,  
Que no siempre responden tan á gusto  
Cuanto prometen los principios dellas:  
Lo cual, habiendo tierra de por medio,  
Cuando coloquio se les ofrecia  
Intérprete católico declara  
En idioma proprio de catios,  
Mas la caterva fiera y arrogante,  
Fiando de sus fuerzas, les responde  
Que sobre el caso se terná consulta,  
Y enviarán al campo castellano  
Clara resolucion de sus acuerdos,  
Que no podrá pasar del cuarto dia.  
Aquesto se cumplió segun dijeron,  
Mas no con la pacífica respuesta  
Que nuestros españoles esperaban,  
Antes contraria de su buen deseo;  
La cual por ser principio desta guerra  
Sanguinolenta, queda reservada  
Al canto que se sigue después deste.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenía.

Cualquier hombre, por rústico que sea,  
Ama su libertad y da de mano  
Con toda la posible resistencia  
Al yugo y observancia de las leyes  
Que le hacen estar al cumplimiento  
De nuevos vasallajes y tributos;  
Y tanta mas es esta repugnancia,  
Cuanto mas suele ser envejecido  
El uso y exención en que se cria.  
Y así, como los bárbaros supiesen  
Las españolas mañas, anhelantes  
A que reconociesen vasallaje  
Al amo que les fuese señalado,  
Y ellos nunca tuviesen de costumbre  
De dar á los extraños obediencia,  
Antes como soberbios y arrogantes,  
Criados en tan próspero terreno  
Que siempre huellan por doradas venas,  
Con que los ánimos se ensoberbecen,  
Presumían que todos se la debían  
Y que sería de varones viles  
Venir á menos del altivo punto  
En que su presunción los tiene puestos;  
Debajo de lo cual indios de Pequí,  
Gente feroz y nunca domada,  
Por el inducimiento de Sinago,  
A quien esta provincia respectaba,  
Se hizo junta de los principales  
Para deliberar en su consulta  
De las cosas tocantes á la guerra  
Que por los españoles se movía.  
Vinieron del Sinago dos sobrinos,  
Yutengo y Aramé, mancebos fuertes  
Y por heroicos hechos señalados;  
Vino Chacuri, vino Nguireta,  
Guaracho, Ereta, Panque, Agrebara,  
Insigues en las armas y en consejo;  
Los cuales en consulta conferida  
Determinaron resolutamente  
De conservar su libertad antigua  
Y no se subyectar al duro yugo  
Que padecían otros sus vecinos:  
Deste parecer fueron todos ellos,  
Mayormente Sinago, que les dijo:  
«Varones fuertes y en virtud constantes,  
A cosas importantes nos juntamos,  
Porque si bien notamos dura plaga,  
No solo nos amaga, mas ya llega;  
Y aunque con paz nos ruega, sin ofensa,  
Debajo della piensa dar de mala.  
Al principio regala mano blanda:  
Importuna demanda viene luego,  
Fomento de gran fuego, porque priva  
De libertad nativa y otros frutos,  
Imponiendo tributos y servicios  
De viles ejercicios, do perecen  
Cuantos hoy obedecen sus mandados  
Y mal considerados pareceres;  
Pues hijos y mujeres no reserva  
Esta crúel caterva de ladrones,  
Cuyas ocupaciones principales  
Son robar los caudales del terreno  
Y del sudor ajeno sustentarse,  
Servirse y regalarse sin templanzas;  
En minas y labranzas los ocupan:  
Al fin todo lo chupan y consumen.  
Y así los que presumen de valientes  
Deben mostrar los dientes y las manos:  
Libremos de tiranos nuestra tierra;  
Hartémoslos de guerra, pues la quieren,  
Que también dellos mueren los mas buenos,  
Y acá no somos menos en pelea;  
El orden desto sea sin que luenga  
Tardanza nos detenga ni retarde;  
El valeroso guarde sus regiones,

Y destas intenciones que tenemos  
Luego les inuiamos razon clara:  
Digales en la cara aquel que fuere  
Que cualquier que venciere sirva al otro,  
Pues caballo ni potro ni escopeta  
No vence ni subyecta los catios,  
Ni castellanos brios serán parte  
Para que de su marte caigan punto.»

Esto dijo Sinago, cuyo voto  
De todos los caciques de la junta  
Fué sin contradicciones aprobado;  
Y como confiados de sus fuerzas,  
Acordaron que fuese mensajero  
A les notificar á los cristianos  
Sus determinaciones y deseo  
De vellos y probar su valentía.

Deste mensaje prometió Yutengo  
Ser cierto portador dia siguiente;  
Y así, por no faltar de su promesa,  
Llegó delante de los españoles  
No mostrando pacífico semblante,  
Antes agudos dardos en la mano,  
Penachos variados ondeando,  
Y diadema de oro, como suelen  
Salir á sus guerreras competencias,  
Y así brioso, fiero y arrogante  
En su materna lengua les pregunta  
Quién es el capitán que los gobierna:  
Señálanselo luego, y él se pone  
Delante con gallarda lozania,  
Diciéndole palabras semejantes:  
«Capitan español, yo soy Yutengo,  
No menos en valor que en bienes rico:  
A denunciar la guerra crúel vengo  
De Pequí, porque salgas de Ibijico;  
Si pides la razon, otra no tengo  
Fuera de aquesta que te notifico,  
Que es guerra capital á sangre y fuego,  
Y la paz para siempre te la niego.»

El gran Sinago con sus dos sobrinos  
Te suplican que vayas brevemente,  
Porque ellos harán anchos los caminos  
Por do metas ganados y tu gente;  
Lo mismo piden todos los vecinos  
Que ya desean de te ver la frente;  
Pero para llegar buenos y sanos  
Llevad prestas las armas y las manos.»  
Oyó Gaspar de Rodas el mensaje,  
Y dijole: «Yutengo, yo no creo  
Que tanto se desee mi viaje;  
Mas pues lo dices tú que eres correo,  
Diles que hago pleito y homenaje  
De cumplilles muy presto su deseo,  
Pero que tomen mas modestos modos  
Porque la paz es buena para todos.»

Por fama te conozco ya, Yutengo,  
Y tú también sabrás que yo soy bueno;  
Por largos dias y por tiempo luengo  
Me vereis trastornar vuestro terreno;  
Por guerras ó amistades yo no tengo  
De volverme las manos en el seño:  
A la partida ves mi gente presta,  
Y aquesto puedes dalles por respuesta.»

Partióse luego, y el Gaspar de Rodas  
Con algunos soldados se reía  
Del brio y arrogancia del salvaje;  
Pero luego mandó que se prevengan  
Para mudarse dentro de tres dias,  
Ansí por no faltar de lo que dijo  
Como porque los indios de Ibijico,  
Atociná, Cucuba y Bererúa,  
Y Rucabé, caciques principales,  
Tenían por molesta la tardanza  
De huéspedes tan llenos de bullicio;  
Y así les daban prieta, prometiendo  
De les guardar la paz y las espaldas.

Llegóse pues el dia señalado,  
Y el campo fué marchando acia Pequí  
Con todos los avisos necesarios  
En los ásperos pasos y quebradas  
Do podían hacelles algun daño;  
Mas no les sucedió por el camino

Dudoso cosa que de contar sea,  
Hasta que descubrieron lo poblado,  
Y asentaron real en un altura,  
Cuya comodidad los convidaba  
A reparar allí por algun tiempo,  
La duracion del cual diremos;  
Porque por ser principio desta guerra  
Conviene que hagamos nuevo canto.

## CANTO QUINTO.

Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron en la provincia de Pequí.

Uno de los avisos importantes  
Que se pueden tener entre guerreros,  
Es saber escoger alojamiento  
En sitio fuerte, cuyas adyacencias  
Puedan señorearse con la vista,  
Y tenga leña y agua tan á mano  
Que sin que corran riesgo los sirvientes  
Usen inescusables ministerios.

Tal lo supo tomar Gaspar de Rodas,  
Como varon sagaz, y en este caso  
Ninguno mas manso ni solerte,  
El cual, llegando ya cerca de Pequí,  
Y á vista de los bárbaros vecinos,  
Se refirió, según militar uso,  
En sitio que llamó la Lagunilla,  
En parte rasa y alta, proveida  
De las comodidades referidas,  
Y cuyas descendencias á lo llano  
Eran en gran manera salebrosas.  
Y este sitio tomó con pensamiento  
De no dejallo por algunos dias,  
Porque los bárbaros con la tardanza  
Perdiesen algo de su lozania;

Los cuales, como viesan en su tierra  
La gente forastera que esperaban,  
Creyendo no hacer allí parada,  
Sino que prosiguieran su camino,  
Pusieron en concierto sus escuadras,  
Y ocuparon los pasos, desde donde  
Pudieran ser los nuestros ofendidos,  
Con sonora grita y algazara  
Y estruendo de atambores y cornetas;  
Todo lo cual cesó reconociendo  
Asentar tiendas en aquella altura,  
Y como no hicieron mudamiento  
Aquella noche ni siguiente dia,  
Considerando ser estratagema  
Y haber dispusición para celadas  
De parte de la gente peregrina,  
A causa de los altos pajonales  
Que rodeaban este circúito,  
Levantados, espesos, y de suerte  
Que podían tener hombres ocultos,  
Determinaron de ponelles fuego.  
El cual voló con impetu terrible  
De vientos furiosos ayudado,  
Por hallar la materia bien dispuesta  
A causa de la seca del verano.

Y así toda la tierra comareana  
Quedó sin ocasion y descubierta,  
Escepto lo que con su diligencia  
De manos y de ramos guarecieron  
Los del alojamiento para pasto  
De bestias y ganados que traían,  
Que por algunos dias padecieron  
Mucha necesidad, por abrasarse  
Las partes do solían mantenerse.

Pasada la refriega del incendio,  
Al tiempo que la noche demediaba,  
Y el nubló tenebroso predomina,  
El capitán Pineda con cuarenta  
Soldados valerosos salió fuera  
Para hacer alguna buena suerte  
En indios que hallase mas á mano;  
Y en esta misma noche los caciques,  
Sin saber sus intentos, enviaron

Doscientos validísimos gandules  
A que secretamente se metiesen  
En aquel pajonal que reservado  
Fué por solicitud de los cristianos,  
Y en él permaneciesen hasta tanto  
Que Febo desterrase los humores,  
Y cuando con sus carros fervorosos  
Oviese demediado la carrera,  
Y el cálido refracto de los rayos  
Tuviese ya la paja como yesca,  
Pusiesen fuego por dos ó tres partes,  
Porque los españoles acudiesen  
Sin orden ni recaos al remedio,  
Segun y como lo hicieron antes,  
Y al tiempo que los viesan ocupados  
En mitigar las llamas violentas,  
Les acometan con tan grande furia  
Que los compelan á precipitarse  
Por la derecha y áspera ladera;  
Donde huyendo del mortal conflicto  
Diesen en muerte vil y desastrada,  
Pues hallarian gentes cuyas manos  
Abriesen las católicas entrañas.

Salido pues el capitán Pineda  
Con orden de volver el mismo dia,  
Los bárbaros por parte diferente  
Subieron á la parte señalada,  
Donde sin ser sentidos estuvieron  
Ocultos y encubiertos; y á la hora  
Que para poner fuego convidaba,  
De palos apropiados á tal uso  
Y presto movimiento de las manos  
Socaron fuego, con que brevemente  
Se levantaron llamas presurosas,  
Segun la fuerza del pasado dia,  
Y que causaron por su cercanía  
Mayor alteracion y sobresalto;  
Y así los españoles y el servicio,  
Incautos del ardid de los contrarios,  
Acudian á mitigar el fuego  
Todos con ramos verdes en las manos.  
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
El astucia sintió puntualmente,  
Y mandó que ninguno se divierta  
Sino que se recojan á bandera,  
Hasta ver por adónde respondían  
Los indios, pues debían de ser muchos  
Aquellos que tentaron aquel hecho.  
Y así puestos á punto de pelea,  
Cargados de mosquetes y arcabuces,  
Esperaron el acometimiento  
Del bárbaro furor, que como viesse  
Estar en escuadron los españoles,  
Y no tentar de mitigar las llamas,  
Suená terrible grita y alarido,  
Y sale con el impetu que suele  
Amenazando para rompimiento,  
El cual con el impulso de las balas  
Fué reprimido con algunos menos,  
Volando de su parte los tostados  
Jáculos que venían bien espesos,  
Sin llegar á medir palo con hierro,  
Ni se les dió lugar á que durase  
Espaciosa distancia la refriega;  
Porque Pineda que se halló cerca  
Oyó luego la grita y alboroto,  
El fuego y estampida de los tiros,  
Y como can de casta generosa  
Que siente, rodeando la manada,  
Ser saltada de rapace fiera,  
Y acude do berrea la juvenca  
De violentos dientes oprimida  
Para le dar socorro con los suyos:  
Ansí por las señales reconoce  
El conflicto crúel y la presura,  
Y á pasos presurosos dió la vuelta,  
De fluidos sudores empapado,  
Hasta llegar adonde pretendía,  
Que fué muy á su gusto, porque dieron  
En las espaldas de los indios fieros.  
Los cuales desta suerte saltados  
Y defraudados de sus pensamientos,

Tomaron por remedio la huida,  
Haciendo grandes fieros, y diciendo:  
«Mal nos ha sucedido la primera;  
Mas tentaremos luego la segunda,  
La cual daremos á cureña rasa,  
Y será dentro de tercero día:  
Entre tanto curad vuestros caballos,  
Que nosotros haremos otro tanto  
A estos que llevamos por delante.»  
Que fueron tres ó cuatro, sin que parte  
Fuesen para quitárselos entonces,  
Por no poderlos ver á los principios.

Pero Gaspar de Rodas y los suyos,  
Como saliesen bien desta borrasca,  
Habida su consulta determinan  
Salillos á buscar antes que vengan;  
Y así día siguiente caminaron  
Cuarenta validísimos peones  
Y Gonzalo de Vega por caudillo,  
Soldado viejo bien acreditado,  
De cortesanías partes, y en la guerra  
No menos venturoso que valiente,  
Con orden de pasar la contrapuesta  
Quebrada Pequí, de la cual hereda  
Y toma nombre toda la provincia.  
Fuélos el general acompañando  
Con veinte de caballo bien armados,  
Quedando desta parte por reguardo  
Y muro, si volvieran por ventura  
Del bárbaro tumulto contrastados;  
Porque pasar con ellos adelante  
Erales imposible con caballos,  
Por el impedimento de barrancas  
Altas que perturbaban el pasaje,  
Las cuales se lo dieron á peones  
Cuando nocturna sombra los cubria,  
Y con la misma fueron caminando  
Hasta llegar al alto de una loma,  
A cuyo pie después vieron un llano  
Poblado de labranzas y apacible,  
En cierta parte del doce caneyes  
O casas de vistosa compostura,  
Moradas de los indios mas cercanos.

Allí, cuando la luz del sol doraba  
De los escelsos montes las coronas,  
Acometen diciendo: «¡Santiago!»  
Andan lijeros piés y manos prestas  
A recoger los bárbaros despojos:  
Captívanse muchachos y mujeres,  
Porque de gente para tomar armas  
Muy pocos les hicieron resistencia,  
Por se hallar absentes celebrando  
Los tristes funerales de Sinago,  
Que murió quasi repentinamente,  
Con íntimo dolor de los vecinos,  
Que de su gran valor y buen consejo  
Tenian infalible confianza  
En todas ocasiones belicosas;  
Y así su falta se juzgó por todos,  
A lo menos en esta coyuntura,  
Por adversa señal y mal agüero.

Corrió la nueva pues por las labranzas  
Cercanas, cómo pocos españoles  
Entraron en el pueblo referido,  
Y en breves horas, de manebos verdes  
Se convocaron mas de cuatrocientos  
Que, como tigres fieros á balantes  
Ovejas, acometen á los nuestros,  
Y encienden luego sus pajizas casas  
Segun y como tienen de costumbre  
Cuando son infestadas de contrarios;  
Unos hacian esto, y otros llenos  
De flechas, dardos, piedras y de lanzas,  
De que volando van nubes espesas,  
Cercan el escuadron de los cristianos  
Que, como gente diestra y animosa,  
Defienden bravamente su partido  
Y ofenden con las balas, cuyos vuelos  
A muchos encaminan al infierno;  
Mas todos ellos fueron poca parte  
A reprimir la furia y el coraje  
Que los movia, por lo cual convino

Volver con orden á tomar la loma  
Antes que fuese de otros ocupada.  
Fuélos siguiendo la caterva fiera  
Hasta metellos en el angostura  
Mas apropiada para su defensa,  
Porque desdella mas seguramente  
Se podian jugar los arcabuces  
Con daño de los bárbaros fronteros  
Que, como ya de tiros carecian,  
Por habellos gastado con la priesa  
Y obstinado furor con que vinieron  
Y algunos estuviesen mal heridos,  
Con pasos reportados se volvieron,  
No sin intentos de tomar venganza  
De los que fueron causa de su pena,  
Los cuales libres, sanos y contentos  
Llegaron á dar cuenta de lo hecho  
Donde Gaspar de Rodas esperaba;  
El cual, habiéndose certificado  
De las disposiciones de la tierra  
Y el cómodo de cosas necesarias,  
Acordó de pasar allá su campo:  
Habia la quebrada de por medio,  
Impedimento para los ganados,  
Y para hacer paso conveniente  
A Gonzalo de Vega le dió cargo  
Con cuantidad de indios y de negros,  
Que con los necesarios instrumentos  
Fueron apercebidos otro día,  
Y treinta compañeros bien armados  
Que les asegurasen las espaldas  
Cuando pusiesen manos en la obra.

Salió con ellos, no con el orgullo  
Ni con aquel semblante que solia  
Cuando facilitando cualquier riesgo  
A todos los movia y animaba,  
Mas melancolizado y pensativo,  
Con unos esperezos adevinos  
Del trabajado fin y desventura  
A do su duro hado lo llevaba,  
Cuyo decreto desapiadado  
Ejecutado fué por esta via:

Antes de se llegar á la quebrada  
Donde se concertó hacer camino,  
Habian de pasar forzosamente  
Por ciertos pajonales intrincados  
De yerbas y de fructices diversos,  
Con espesura tal y tan cerrada  
Que fuera de una muy angosta senda  
Con gran dificultad se caminaba,  
Lugar dispuesto para que los indios  
Pudieran dar algunos sinsabores;  
Y el Gonzalo de Vega, conociendo  
Esta disposicion para su daño  
A tales ocasiones obviando,  
A los soldados dijo lo siguiente:

«Amigos, en aqueste lugar ciego  
Podrian indios y serán bastantes  
A dar algun mortal desasosiego  
A los inadvertidos caminantes:  
Bueno será que le pongamos fuego,  
Y anticipémonos nosotros antes,  
Porque bien arderá por ser pajizo.»  
Parecióles muy bien, y así se hizo.

Mas como lo pusieron de mañana  
Y las mas altas ramas estuviesen  
Entonces algo lentas del rocío,  
La menudilla yerba solamente  
Se iba por debajo consumiendo  
Sin llegar á las zarzas y virgultos;  
Al fin, visto ser vana diligencia,  
Pasó delante con los compañeros  
Al principal efecto de su cargo,  
Y el misero no ve que deja puestos  
Lazos adonde caiga cuando vuelva,  
Como le sucedió; porque ya llanos  
Los ásperos barrancos del arroyo,  
Y á sus alojamientos revolviendo,  
Llegan al pajonal, que todavía  
Humeaba por partes diferentes,  
E ya con la gran fuerza de la siesta  
Para tomar el fuego sazonado.

Mas, sin estímulos desta sospecha,  
Por medio del prosiguen su camino  
Con viento que por puntos refrescaba  
Los soplos del á las espaldas dellos:  
Estos invalescieron de tal suerte  
Que levantaron presurosas llamas  
Cuya sonora tempestad y furia  
Vuela y a mas andar los va siguiendo.  
El Gonzalo de Vega que quedaba  
En rectaguardia, como conociese  
El riesgo y amenaza de la muerte,  
A grandes voces dijo: «Fuera, fuera,  
Andar, andar, andar á parte rasa,  
Porque si no tomamos la ladera  
Con tiempo, nos haremos todos brasa.»

Huyen los delanteros velozmente,  
Y él, como se quedaba rezagado  
Por no dejar atrás alguno dellos,  
Cuando quiso salir de la presura  
Hallóse tan cercano de las llamas  
Que tentó de saltar por medio dellas  
Acia lo que quedaba ya quemado  
Por ser lo mas seguro, confiando  
De su velocidad y lijereza;  
Mas el impetuoso torbellino  
Como si fuera paja lo arrebató  
Y vuela mas atrás, donde la nube  
De la fumosa llama se tendia,  
Dejándolo sin barbas ni cabellos,  
Las manos, piés y rostros abrasados,  
Ardiendo los vestidos, que quisiera  
Rompellos y apartallos; mas no puede  
El miserable darse tanta priesa  
Quel fuego mas no fuese penetrando,  
Segun al gran Alcides la camisa  
Vestida por engaño del Centauro.

Pasada pues la fuerza del incendio,  
Al son de sus lamentos y gemidos  
Volvieron compañeros á buscallo,  
Y con apresurada diligencia  
Empapan las ardientes vestiduras  
Con agua que tenían á la mano:  
Las cuales resibaban como cuando  
En la ciscosa pila del herrero  
Meten el instrumento caldeado;  
Y sin parar, en unos y otros hombros,  
Lo llevan al real por dalle cura,  
En vano, pues un día solamente  
Tuvieron vida los tostados miembros:  
De que todos, por ser hombre bien quisto,  
Manifestaron tierno sentimiento,  
Y el general lo muestra mas acerbo  
A causa de tenello por amigo,  
El cual, después de dalle sepultura  
Segun el tiempo y el lugar concede,  
Determinó dejar aquel asiento  
Y rancharse donde mas propincuas  
Tenga las ocasiones á que viene;  
Cuyos sucesos varios contaremos  
En el canto siguiente, Dios mediante.

## CANTO SESTO.

En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz.

Segun sobre fortísima colona  
Se suele sustentar un edificio,  
Y en tanto que ella dura no padece  
Yactura, detrimento ni ruina,  
Valor de un hombre solo también suele  
Con las buenas industrias y consejos  
Que tiene, conservar grandes estados;  
Pero faltándoles este cimiento  
Y estribo que la fábrica tenia,  
Los miembros que una voluntad guiaba  
Suelen en diferentes dividirse,  
Y por tener diversas opiniones  
Unos y otros vienen á perderse,  
Como la gente deste principado

De Pequí, con la muerte de Sinago,  
De cuya voluntad y pareceres  
Pendian todos los de los vecinos:  
Pero como faltó, cada cual dellos  
Quiso hacer cabeza de su juego,  
Y así Gaspar de Rodas con su gente  
Entró sin que hallase resistencia,  
Antes Yutengo y Aramé su primo  
Quemaron sus asientos y labranzas  
Y con la gente que seguirlos quiso  
Se fueron al partido de Carauta.  
Los otros, que de mal se les hacia  
Dejar sus casas y sus propiedades,  
Aceptaron la paz que les pedian,  
Debajo de la cual los españoles  
Eran medianamente regalados  
El tiempo que estuvieron en su tierra,  
Que fué de tres semanas, porque luego  
Fueron á la provincia de Norisco,  
De grandes poblaciones, y abundante  
De los mantenimientos necesarios,  
Rica de telas de algodón y oro,  
Cuyos caciques eran dos hermanos,  
Quel uno se llamaba Bayaquima,  
Otro Tacujurango, ricos hombres,  
Con otros principales que salieron  
Ansímismo de paz, dando presea  
De sus preciadas telas y oro fino.

Allí pararon por algunos días,  
A causa de ser tierra proveída;  
Mas como Febo visitar queria  
De los doce chatones el primero  
El estrellado cinto que rodea  
Toda la redondez oblicuamente,  
Y entonces en aquellos hemisferios  
Sabian que venian ya cercanos  
Los procelosos nimbos del invierno,  
A todos pareció que convenia  
Pasarse a la provincia de Itúango,  
Do se remata ya la tierra rasa,  
Por la rica noticia que les daban  
Los indios principales de Norisco,  
Diciendo ser la tierra de Itúango  
Tal que satisfaria su codicia  
Ansi de oro como de sustento;  
Cuyos caciques eran caudalosos,  
A lo menos Tecuce y Agrazaba,  
Dos señores, hermanos valerosos,  
Que los harian fácilmente ricos:  
Esto decian todos, mayormente  
Tacujurango que, con el deseo  
De yellos fuera de su territorio,  
Al general habló desta manera:

«Capitan, si pasares adelante,  
Los tuyos no serán trabajos vanos,  
Pues verás tierra rica y abundante  
De bastimentos y dorados granos,  
La cual afirmo que será bastante  
Para poder llenaros ambas manos,  
Porque demás de ser provincia bella  
Es una pasta de oro toda ella.

»Traéis para poblar en buen terreno  
Encaminadas vuestras voluntades:  
Ninguno hallareis tal ni tan bueno,  
Ni tan á punto las comodidades;  
Por todas sus distancias aquel seno  
Tiene las convenientes cualidades:  
Alegre suelo, talantoso y alto,  
Y que de sanidad nunca fué falto.  
»De nosotros podrás asegurarte,  
Ya que la paz habemos prometido,  
Que se sustentará por nuestra parte  
Con vínculo que no será rompido,  
Antes en socorrerte y ayudarte  
Aqui podrás tener favor cumplido:  
Desto que digo no hallarás cosa  
Que con razon la lames fabulosa.»  
Esto certificó Tacujurango,  
Y aunque no fué segun encarecia,  
Los nuestros con aquellas buenas nuevas  
Determinaron de hacer viaje  
A la provincia que les alababa,